

á alejarse, conducido por la paloma. Elsa, con un movimiento de gozo, contempla á Godofredo, quien se inclina ante el Rey. Todos los nobles doblan la rodilla; Godofredo estrecha en sus brazos á Elsa, la cual, volviendo la mirada hacia el río, ve alejarse á Lohengrin.)

ELSA.—¡Ah! ¡esposo, esposo mío! ¡potente Dios!
(Lohengrin se aleja cada vez más. Surge un grito general de dolor. Elsa cae desvanecida en brazos de Godofredo. Lohengrin aparece todavía á lo lejos. Telón.)

FIN DE LOHENGRIN

TRISTAN É ISOLDA

ÓPERA EN TRES ACTOS

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL ALEMÁN

POR EL DOCTOR

D. JOSÉ BALARI Y JOVANY

PERSONAJES

TRISTAN.
EL REY MARKE.
ISOLDA.
KURWENAL.
MELOTE.
BRANGANIA.
UN PASTOR.
UN PILOTO.
MARINEROS.
CABALLEROS Y ESCUDEROS.



ACTO PRIMERO

En la cubierta de un buque hay una especie de tienda colgada de ricos tapices; al principio estará completamente cerrada en el fondo; una estrecha escalera al lado conduce al casco del buque. Isolda, echada en un pequeño lecho, oprime con su rostro las almohadas.—Brangania mira á un lado por encima del buque teniendo levantada una colgadura.

ESCENA I

VOZ DE UN JOVEN MARINERO

(La voz parece descender de lo alto de un mástil).—La vista se espacia hacia poniente; el buque marcha á levante. Fresco sopla el viento hacia la patria: niña irlandesa ¿dónde estás? ¿Hincha mis velas el soplo de tus suspiros? ¡Sopla, oh viento, sopla! sopla! ¡Ay, hija mía! ¡Muchacha irlandesa, ¡oh tú, salvaje y graciosa niña!

ISOLDA (estremeciéndose).—¿Quién se atreve á burlarse de mí? (Vuelve la vista en torno suyo con hosca mirada.) ¿Eres tú, Brangania? Dime ¿dónde estamos?

BRANGANIA (á la puerta de la tienda).—A poniente se elevan zonas azules; el buque anda suave y rápidamente; con mar en bonanza, sin peligro, antes de la tarde tomaremos tierra.

ISOLDA.—¿Qué tierra?

BRANGANIA.—Las costas de Cornualles.

ISOLDA.—¡Jamás! ni hoy, ni mañana!

BRANGANIA (deja caer los tapices, y, aturdida de sorpresa, se acerca rápidamente á Isolda).—¿Qué oigo? ¡Señora! Ah!

ISOLDA (hablando consigo misma con exaltación).—¡Raza degenerada, indigna de los antepasados! ¿A dónde cediste, oh madre, el poder de dominar el mar y la tempestad? ¡Oh arte servil de la hechicera, que sólo prepara balsámicos bebidas! Revélate á mí, poder intrépido, levántate del seno en que te ocultaste! Auras tímidas, oíd mi voluntad! Marchad al combate y estruendo tempestuoso, al furioso torbellino de tempestades desencadenadas! Apartad del sueño á este mar delirante, despertad del fondo su rencorosa furia; mostradle el botín que le ofrezco; despedace este buque altivo, y trague sus rotos fragmentos! Y á vosotros, oh vientos, os dejo en recompensa lo que en él vive, lo que en él vive, lo que alienta!

BRANGANIA (llena de espanto acude apresurada á Isolda).—¡Desdicha! Oh desdicha! Ay! Accidente que presentí! Isolda! Señora! Corazón querido! ¿Qué me has ocultado por tanto tiempo? Por tu padre y por tu madre no derramaste una lágrima; apenas saludaste á los que se quedaron: fría y muda partiste de la patria, pálida y silenciosa en la travesía, sin comer, sin dormir, locamente perturbada, inmóvil y perdida.—¿Cuánto he sufrido viéndote así sin que de nada te sirva y estando á tu lado como extranjera? ¡Oh, dime qué te da pena! Habla, dí qué te atormenta! Descansa en Brangania, si ha de tenerse por digna de ti!

ISOLDA.—¡Aire! Aire! Ahógaseme el corazón! Abre! Abre de par en par!

(Brangania separa precipitadamente las colgaduras del medio.)

ESCENA II

TRISTAN, KURWENAL, caballeros y escuderos

(La vista se extiende á lo largo de la nave hasta el timón, y más allá del buque por el mar y por el horizonte. En medio del buque, en torno del palo mayor, están echados marineros que trabajan en los cables; algo más lejos, cerca de la popa, vense, también echados, caballeros y escuderos; á cierta distancia está de pie Tristán, cruzados los brazos y pensativo, mirando al mar. A sus pies Kurwenal está echado con indolencia. De lo alto del mástil oyesse de nuevo la voz del joven marinero.)

ISOLDA (ve al momento á Tristán y fija en él su mirada; habla consigo misma con voz apagada).—Por mí elegido,—por mí perdido,—noble y puro, osado y cobarde:—cabeza destinada á la muerte! Corazón consagrado á la muerte! (A Brangania con inquietud sonriéndose.) ¿Qué piensas tú de ese siervo?

BRANGANIA (sigue su mirada).—¿De quién hablas?

ISOLDA.—Del héroe que allá á mi mirada oculta la suya, de vergüenza y baja la vista temeroso:—Dí ¿qué te parece?

BRANGANIA.—¿Preguntas por Tristán, cara señora, admiración de todos los reinos, el varón muy enaltecido, el héroe sin par, tesoro y asilo de la gloria?

ISOLDA (con ironía).—¡Temeroso ante la lucha huye adonde puede, porque ha alcanzado para su señor una novia como un cadáver!—¿Te parece enigmático el cuento? Pregúntale tú misma al hombre libre, si se atreverá á acercárseme. El tímido héroe olvida el saludo de homenaje y púdicas atenciones á su señora para que su mirada no le alcance á él.—¡El atrevido sin par! Oh, bien sabe por qué!—Vé

al orgulloso y comunícale la orden de su señora: dispuesto á servirme, debe acercárase al momento.

BRANGANIA.—¿He de pedirle que te salude?

ISOLDA.—Yo, Isolda, mando al vasallo que respete á la señora.

(A una señal de mando de Isolda, se aleja Brangania, pasa por delante de los marineros que trabajan, y atraviesa el puente hasta la popa. Isolda la sigue con la vista fija, retrocede á su pequeño lecho, en donde permanece sentada durante el diálogo que sigue, dirigiendo la vista hacia popa.)

KURWENAL (al ver llegar á Brangania, sin levantarse, tira del vestido á Tristán).—Atiende, Tristán! Mensaje de Isolda.

TRISTÁN (estremeciéndose).—¿Qué es? ¿Isolda? (Se repone al momento que Brangania se acerca y le hace una reverencia.) ¿De mi señora? ¿Qué recado trae la fiel criada para mí, obediente servidor de ella?

BRANGANIA.—Señor Tristán, Isolda, mi señora, desea verte.

TRISTÁN.—Esta larga travesía, que toca ya á su término, la molestia; antes de ponerse el sol estaremos en tierra: cúmplase puntualmente cuanto me mande mi señora.

BRANGANIA.—Vaya el señor Tristán á ella: tal es la voluntad de mi señora.

TRISTÁN.—Allá, donde los verdes campos toman todavía á la vista un tinte azulado, mi rey espera á mi señora: para acompañarla hasta él pronto me acercaré á su persona; á nadie cedería este favor.

BRANGANIA.—Oye bien, señor Tristán; desea mi señora, que la sirvas, que te acerques á ella al momento, allá donde te aguarda.

TRISTÁN.—Do quiera que me encuentre, la serviré fielmente, perfecto dechado de las mujeres. Si en este momento dejase el timón ¿cómo guiaría con seguridad al buque hacia la tierra del rey Marke?

BRANGANIA.—Tristán, mi señor, ¿te burlas de mí? Si no te parecen claras las palabras de la torpe crada, escucha la orden de mi señora! Ella me hizo decir:—Yo, Isolda, mando al vasallo que respete á la señora.

KURWENAL.—¿Se me permite dar la respuesta?

TRISTÁN.—¿Qué contestarías?

KURWENAL.—Que diga á la señora Isolda: Quien cede la corona de Cornualles y la herencia de Inglaterra á una hija de Irlanda, no puede ser vasallo de la misma joven que él regala á su tío. Señor del mundo, Tristán el héroe! Yo lo aclamo: tú dílo, y mil señoras Isoldas me tendrán resentimiento. (En tanto que Tristán con ademanes quiere hacerle callar y Brangania se dispone á marcharse, Kurwenal canta con fuerza á la mensajera que se aleja vacilante:) «El señor Moroldo se fué por mar para cobrar el tributo en Cornualles: en el desierto mar flota una isla, allí está él sepultado: su cabeza está pues suspendida en la tierra de Irlanda como tributo pagado por Inglaterra. ¡Ah! Tristán nuestro héroe! Cómo puede pagar el tributo!»

(Kurwenal reprendido por Tristán baja al camarote de delante. Brangania, que llena de confusión llega á Isolda, deja caer tras de sí los tapices, en tanto que afuera los de la tripulación repiten la canción de Kurwenal.)

CABALLEROS Y ESCUDEROS.—«¡Ah! Tristán, nuestro héroe! Cómo puede pagar el tributo!»

ESCENA III

ISOLDA, BRANGANIA

(Se levanta Isolda con gestos de cólera y de desesperación.)

BRANGANIA.—¡Oh desventura! Oh desdicha! Tolerar esto!

ISOLDA (próxima á entregarse á una explosión terrible, reponiéndose al instante).—Ea, la respuesta de Tristán: quiero saberla con exactitud.

BRANGANIA.—Ah, no me la pidas!

ISOLDA.—Habla con franqueza, sin temor!

BRANGANIA.—La evadió con palabras corteses.

ISOLDA.—¿A pesar de que le requerías sin ambages?

BRANGANIA.—Cuando le llamé á tu lado, al instante, me dijo «do quiera que me encuentre, la serviré fielmente, perfecto dechado de las mujeres; si en este momento dejase el timón ¿cómo guiaría con seguridad el buque hacia la tierra del rey Marke?»

ISOLDA.—«Como guiaría con seguridad el buque hacia la tierra del rey Marke» para pagarle el tributo que sacaba de Irlanda!

BRANGANIA.—Al notificarle tus propias palabras, permitió á su fiel Kurwenal...

ISOLDA.—Bien lo he oído: no perdí una palabra. Sabes los insultos que me dirigió, escucha ahora lo que fué su causa.—Ellos me cantan canciones como burlándose, bien podría yo contestar á mi vez:—En una mezquina y pobre barquilla que ganaba la costa de Irlanda estaba echado un hombre enfermo, achacoso y moribundo. Erale conocido el arte de Isolda: con saludables unturas y jugos balsámicos cuidó ella escrupulosamente la herida que le molestaba. El con cautelosa estratagema apellidábase «Tantrís», pero Isolda reconocióle pronto por «Tristán», porque en la espada del enfermo echó de ver una muesca á la cual se adaptaba exactamente un fragmento que su mano experta halló un día en la cabeza del caballero irlandés que por burla le enviaron. Lancé un grito desde lo más hondo de mi corazón: de pie á su presencia estuve con la brillante espada para vengar en él, gran insolente, la muerte del señor Moroldo. Desde su lecho miraba,—no la espada, no mi mano,—mirábase los ojos. Compadécime de su miseria; la espada... la dejé caer; la herida que Moroldo causó, se la

curé, para que sano volviera á sus lares... y no me molestara más con su mirada.

BRANGANIA.—¡Oh sorpresa! ¿Dónde tenía yo los ojos? ¿El huésped... á quien un día ayudé á curar?

ISOLDA.—Acabas de oír su elogio:—«¡Ah! nuestro héroe Tristán!»—él era aquel hombre afligido.—Juróme con mil juramentos eterna gratitud y fidelidad. Oye ahora cómo mantiene un héroe los juramentos!—Aquel á quien despedí, como Tantrís desconocido, audazmente volvió como Tristán: en un altivo buque de alto bordo pidió en matrimonio á la heredera de Irlanda para el caduco rey de Cornualles, para Marke su tío. ¿Quién se hubiera atrevido á proponernos tal afrenta viviendo Moroldo? ¿Pedir la corona de Irlanda para el príncipe de los crónicos tributarios? ¡Oh desdichada de mí! Yo misma secretamente me labré esta afrenta! La espada vengadora dejéla caer impotente en lugar de blandirla:—ahora sirvo al vasallo.

BRANGANIA.—Después que todos juraron paz, reconciliación y amistad, y fué aquel día de regocijo para todas nosotras ¿cómo había de presentir entonces que esto te traería disgustos?

ISOLDA! Oh ciegos ojos! Corazones apocados! Animo servil, cobarde silencio! De cuán distinto modo ha manifestado Tristán con jactancia lo que yo he guardado secreto! Ella callando le dió la vida, callando le sustrajo á la venganza del enemigo; con ella ha entregado el secreto de la protección que le dispensó para devolverle la salud. Orgullosa de su victoria, lleno de vida y radiante de majestad, me dió á conocer en alta y clara voz: «Sería un tesoro, mi tío y señor; ¿qué os parece para casaros con ella? Iré por la hermosa irlandesa; me son bien conocidos los senderos y caminos, á una señal vuestra volaré á Irlanda; Isolda, es vuestra; la fortuna me sonrío!»—¡Maldición sobre ti, malvado! Maldición sobre tu cabeza! Venganza, muerte! Muerte ambos!

BRANGANIA (se precipita sobre Isolda con impetuosa ternura).—¡Oh tierna! íntima! querida amiga! Preciosa señora! Estimada Isolda! Escúchame! Ven acá! Siéntate! (Poco á poco va acercando á Isolda al lecho.) ¡Qué ideas! Qué vana cólera! ¿Cómo puedes ofuscarte hasta el punto de no ver claro ni oír? Lo que el señor Tristán te debía, ¿podía pagarlo á un precio mayor que con la más brillante de las coronas? Así ha servido fielmente á su noble tío, y te ha dado la recompensa más envidiable del mundo; sincera y noblemente renunció á tus plantas su propia herencia para saludarte como reina. (Isolda se distrae; Brangania con una ternura cada vez más íntima.) Y si te ha pedido á Marke por esposo ¿cómo quisieras reprobar su elección? ¿no ha de ser digno de ti? De noble linaje y corazón bondadoso ¿quién iguala á este hombre en poder y esplendor? ¿quién no quisiera participar de la dicha de vivir como esposa, al lado de aquel á quien sirve tan fielmente un cumplido héroe?

ISOLDA (con los ojos vagamente fijos ante ella).—Ver constantemente cerca de mí, sin amor, al hombre más cumplido ¿cómo podría yo sufrir tal tormento!

BRANGANIA.—¿Qué dices, maliciosa? ¿sin amor? (Se acerca á ella, la halaga y acaricia.) ¿Dónde podría vivir el hombre, que no te amase? ¿Quién podría ver á Isolda, que no desfalleciese ebrio de gozo por ella? Sin embargo, si el elegido para ti fuese apático hasta tal punto que un hechizo le apartase de ti, yo pronto sabría encadenar su malicia; el poder del amor le cautivaría. (Muy cerca de Isolda, con misterio y confidencialmente.) ¿No conoces las artes de tu madre? ¿Te figuras, que ella, que con perspicacia todo lo examina, me hubiera enviado contigo á extraña tierra sin designio?

ISOLDA (sombria).—Aplaudo la intención de mi madre; gustosa alabo su arte:—Venganza para la trai-

ción... tranquilidad para el corazón en los apuros!—Trae el cofre que está allí.

BRANGANIA.—Encierra lo que te es provechoso. (Va á tomar un cofrecillo de oro, lo abre y muestra lo que contiene.) La madre dispuso así las poderosas bebidas mágicas. Para dolores y heridas hay aquí bálsamo; para malignos venenos, contravenenos:—la más generosa bebida aquí la tengo.

ISOLDA.—Te equivocas, yo la conozco mejor; en el frasco grabé un signo indeleble:—aquí está la bebida, que me sirve.

(Toma una botellita y la enseña.)

BRANGANIA (retrocediendo espantada).—¡La bebida de muerte!

(Isolda se levanta del lecho, y en este momento oye con terror creciente el grito de los marineros.)

VOCES DE LOS MARINEROS (desde fuera). — ¡Hehá! Hohé! Al palo de mesana, recoged la vela! Hehá! Hohé!

ISOLDA.—Esta es la señal de que apresuramos la marcha. ¡Ay de mí! Está próxima la tierra!

ESCENA IV

KURWENAL, ISOLDA, BRANGANIA

(Sepáranse las colgaduras y Kurwenal se presenta de improvisó.)

KURWENAL.—Levantaos vosotras, mujeres! Animadas y alegres! Aprestaos al momento! Dispuestas, listas y diligentes!—(En tono más sosegado.) De parte del héroe Tristán, mi señor, debo decir á la señora Isolda:—El pabellón de la alegría enarbolado en el mástil ondea ligero á la parte de tierra; el castillo real de Marke anuncia que ella se acerca. Por esto pide á la señora Isolda, que se dé prisa á prepararse para desembarcar, á fin de que pueda él acompañarla.

ISOLDA (después de temblar á las primeras palabras de Kurwenal, se repone y habla con dignidad.) Lleva mis saludos al señor Tristán y comunícale lo que voy á decir:—Si ha de acompañarme á la presencia del rey Marke, no podrá esto ser, según la urbanidad y el buen sentido, sin que antes reciba yo una satisfacción por una deuda no satisfecha: pida pues él mi gracia. (Kurwenal hace un ademán de oposición; Isolda continúa con más fuerza.) Escucha bien, y transmítelo exactamente!—No quiero disponerme á acompañarle á tierra, ni á su lado iré para presentarme ante el rey Marke, si antes no solicita, conforme ordenan la buena crianza y el buen sentido, olvido y perdón por una deuda no satisfecha:—ella le ofrecería mi gracia.

KURWENAL.—Perded cuidado, se lo diré: aguardad ahora, que se entere. (Se retira precipitadamente.)

ESCENA V

ISOLDA, BRANGANIA

ISOLDA (se acerca con viveza á Brangania y la abraza con efusión).—Adiós, Brangania! Saluda por mí al mundo, saluda por mí á mi padre y á mi madre!

BRANGANIA.—¿Qué es eso? ¿Qué piensas? ¿Quieres escaparte? ¿A dónde debo seguirte?

ISOLDA (repuesta en un instante).—¿No has oído? Me quedo aquí; quiero esperar á Tristán.—Ejecuta puntualmente lo que mando. Prepara al momento la bebida de reconciliación, ¿sabes? aquella que te mostré.

BRANGANIA.—¿Qué bebida?

ISOLDA (saca del cofre el frasco).—Esta bebida! Viértela en la copa de oro; la llenará completamente.

BRANGANIA (herida de espanto al tomar el frasco).—
¿Me engañan mis sentidos?

ISOLDA.—Séme fiel!

BRANGANIA.—La bebida... ¿para quién?

ISOLDA.—Para el que me engañó.

BRANGANIA.—¿Tristán?

ISOLDA.—Beba por mi reconciliación.

BRANGANIA (cayendo á los pies de Isolda).—¡Horror! ¡Mira por mí, desventurada!

ISOLDA (con ira).—¡Mira por mí, criada infiel! ¿No conoces las artes de la madre? ¿Te figuras que ella, que con perspicacia todo lo examina, me hubiera enviado contigo á extraña tierra sin designio? Para dolores y heridas dió ella el bálsamo: para malignos venenos, contravenenos; para el profundísimo sufrimiento, para la suprema aflicción, dispuso la bebida de muerte. La muerte le dé gracias.

BRANGANIA (sosteniéndose con pena).—¡Oh profundísimo dolor!

ISOLDA.—¿Me obedeces?

BRANGANIA.—¡Oh suprema aflicción!

ISOLDA.—¿Me eres fiel?

BRANGANIA.—¿La bebida?

KURWENAL (levantando los tapices por detrás).—El señor Tristán.

(Brangania se levanta desatinada y despavorida.)

ISOLDA (hace un terrible esfuerzo para reponerse).—
Acérquese el señor Tristán.

(Kurwenal se retira. Brangania, casi anonadada, se vuelve hacia el fondo. Isolda, reuniendo todas sus fuerzas para la suprema resolución, anda lentamente, con paso majestuoso, hacia el lecho. Se apoya en un extremo y fija la vista en la entrada de la tienda.)

ESCENA VI

TRISTAN, ISOLDA, BRANGANIA

(Aparece Tristán y se detiene respetuosamente en la entrada. Isolda, presa de una violenta agitación, le mira con vista delirante. Prolongado silencio.)

TRISTÁN.—Manifestad, señora, lo que os plazca.

ISOLDA.—¿Puedes tú no saber lo que exijo, ya que el temor de cumplirlo te ha tenido apartado de mi vista?

TRISTÁN.—Un temor respetuoso me contuvo.

ISOLDA.—Poco honor me has hecho: con manifiesto desdén has rehusado obedecer mi mandato.

TRISTÁN.—Únicamente la obediencia me lo impidió.

ISOLDA.—Poco agradeceré á tu señor, si su servicio te ha inducido á faltar á la costumbre contra su propia esposa.

TRISTÁN.—Donde he vivido, enseña la costumbre que el que ha pedido una novia esté separado de ella durante el viaje.

ISOLDA.—¿Por qué esa circunspección?

TRISTÁN.—Preguntadlo á la costumbre.

ISOLDA.—Siendo tú tan comedido, señor Tristán, acuérdate también de otra costumbre: para reconciliarte con el enemigo, debe loarte como amigo.

TRISTÁN.—¿Con qué enemigo?

ISOLDA.—Pregúntalo á tu temor! Entre nosotros pendiente una deuda de sangre.

TRISTÁN.—Ha sido satisfecha.

ISOLDA.—No entre nosotros.

TRISTÁN.—A la faz del pueblo, en campo abierto, se hizo juramento de no vengarse.

ISOLDA.—No era allí donde oculté á Tantrís; donde Tristán estuvo en mi poder. Allí estaba él altivo, majestuoso y floreciente; yo no juré lo que él juró: yo había aprendido á callar. En la silenciosa cá-

mara yacía enfermo, ante él estaba yo de pie con la espada, calló mi boca, contuve mi mano, y lo que un día aprobé con mi mano y con mi boca, juré mantenerlo en silencio. Quiero ahora cumplir el juramento.

TRISTÁN.—¿Qué jurásteis, señora?

ISOLDA.—Venganza por Moroldo.

TRISTÁN.—¿Y esto os acongoja?

ISOLDA.—¿Te atreves á burlarte de mí? El noble héroe de Irlanda era mi prometido esposo; había yo bendecido sus armas, para mí fué al combate. Al caer él, cayó mi honor; con pesadumbre del corazón juré, que si hombre alguno no exigía reparación del homicidio, yo, muchacha, me atrevería á ello. Con franqueza te diré por qué no te herí cuando débil y abatido estabas en mi poder. Curé la herida para que el vengador pudiera herir, en plena salud, á quien venció á Isolda. Tú mismo puedes decidir de tu suerte: estando todos los hombres en connivencia con él, ¿quién herirá á Tristán?

TRISTÁN.—Si Moroldo fué para ti tan digno, toma otra vez la espada y guíala con seguridad y firmeza, y no la dejes caer. (Le alarga la espada.)

ISOLDA.—Cuán mal respetaría yo á tu señor! ¿qué diría el rey Marke si yo hiriese de muerte á su mejor servidor, que le ha ganado corona y tierra, el más fiel de todos los hombres? Si yo venciese á quien pidió mi mano, á quien le entrega lealmente la orenda del juramento de no vengarse, te parece que, llevándole tú la novia irlandesa, es tan poco lo que te agradece, que no montaría en cólera! Guarda tu espada! La blandí un día, cuando la venganza se retorció en mi pecho, cuando tu escrutadora mirada se apoderó de mi imagen para ver si era apta para esposa del señor Marke: la espada la dejo caer. Bebamos ahora la copa de reconciliación. (Hace una seña á Brangania. Esta tiembla de miedo, se bambolea convulsivamente y se agita perpleja. Isolda la excita con un gesto más imperioso. Mien-